

ble por dos razones: la primera, porque no había roto el sobre, y la segunda, porque era de noche. Pasaron bastantes minutos antes de que recordase que tenía encendida una linterna en la posada. Dió algunos pasos, pero de lado, como si no supiera por dónde iba. Así debe andar el sonámbulo al que un fantasma entrega una carta.

Al fin, decidiéndose, corrió hacia la posada, se colocó en el resplandor de la puerta entreabierta, y á dicha claridad contempló una vez más la carta cerrada. No tenía marca alguna en el sello y en el sobre solo decía: "A Gwynplaine."

Rompió el sobre, desplegó la carta, la acercó á la luz y leyó lo que sigue:

"Tú eres horrible y yo soy hermosa, tú eres histrión y yo soy duquesa. Soy la primera y eres el último; por eso te deseo, te amo. Ven."

## LIBRO CUARTO.

### El subterráneo penal.

#### I.

##### La tentación de San Gwynplaine.

Una llama hace apenas leve incisión en las tinieblas y una chispa incendia un volcán.

Gwynplaine leyó y relejó la carta para convencerse de que estaba escrita en ella la frase: Yo te amo!

Le espantó su lectura de tal modo, que creyó que estaba loco.

Estaba loco, pero era cierto lo que había leído; existía esa frase.

Los simulacros se burlaban de él, que era un miserable. El hombre de escarleta era un fuego fátuo de su ilusión óptica. Algunas veces un nada condensado en una llama viene á reirse de nosotros. Después de burlarse de él, el sér ilusorio desapareció, dejando loco á Gwynplaine. El segundo espanto que se apoderó del infeliz fué el de estar seguro de no haber perdido la razón. Pues qué, ¿no acababa de recibir una carta? ¿No la tenía en las manos? ¿No estaba contemplando un sobre, un sello, el papel y lo escrito? Ignoraba quién escribía dicha carta? Todo estaba claro en esta aventura. Tomaron papel y pluma y escribieron. Alumbraron una bujía y sellaron la carta con lacre, poniendo en el sobre: "A

Gwynplaine". El papel era perfumado; el saltimbanqui conocía al *groom* que se lo entregó; éste le dió cita para el día siguiente á la misma hora en la entrada del puente de Londres. ¿Es otra ilusión el puente de Londres? No, no; existe: no hay en todo esto nada de delirio, todo esto es una realidad. Gwynplaine disfruta de la plenitud de sus facultades mentales; Gwynplaine no está loco, no sueña. Y para convencerse leía y releía la carta.

Existe una mujer que le quiere. Entonces que nadie diga que es inaccesible. ¡Le quiere una mujer que le ha visto la cara! Una mujer que no es ciega! ¿Esta mujer es fea? No; es hermosísima. ¿Es acaso alguna gitana? No; es una duquesa.

¿Qué red ocultará este deseo y qué significa? Peligroso es semejante triunfo, pero es indispensable lanzarse á él, porque esa mujer es la sirena, la aparición, la lady, la espectadora del palco; sí, sí, es ella! Era la extraña desconocida que había turbado su imaginación y hacía centellear el incendio que estallaba en él por todas partes, haciendo reaparecer tumultuosamente los primeros pensamientos que le inspiró esa mujer como recalentados por un fuego sombrío.

Una mujer noble le quería! ¡La princesa descendía del trono, el ídolo del altar, la estatua del pedestal, el fantasma de la nube!... Del fondo de lo imposible salía la quimera, y esa deidad, esa irradiación, esa nereida, esa belleza inabordable y suprema, desde su altura descendía para bajarse hasta Gwynplaine, y paraba su carro de aurora, tirado por tórtolas y dragones, encima de Gwynplaine, para decirle: Ven! ¡Y gozaba el saltimbanqui de la fabulosa gloria de ser el objeto de ese descenso del emperio! Esa mujer, si este nombre puede darse á una forma sideral y soberana, esa mujer se proponía entregarse á él. En su vértigo el Olimpo se prostituía á Gwynplaine, y brazos de cortesana se abrían en un nimbo para estrecharle en el seno de una diosa, y esto sin mancharse, porque esas majestades no se manchan. La luz lava á los dioses, y esta diosa, que descendía hasta él, sabía lo que hacía; no ignoraba el horror general que producía la cara de Gwynplaine; había contemplado la máscara que le servía de rostro, y esa máscara no la hacía retroceder; luego le amaba.

Por el contrario, su máscara, en vez de hacer huir á la diosa, la atraía; Gwynplaine era, más que querido, deseado, y

más que aceptado, elegido. Elegido él!...

Esa mujer, que estaba colocada en el real centro del resplandecimiento irresponsable y del poder en pleno libre arbitrio; que la solicitaban príncipes y pudo elegir un príncipe; que la galanteaban lores y pudo corresponder á un lord; que la asediaban hombres hermosos, elegantes y espléndidos, y pudo conquistar á un Adonis, conquistaba á un Gnafron. Pudo elegir, entre meteoros y rayos, al inmenso serafín de seis alas, y elegía á la larva rampante. Puestas á un lado las altezas, las señorías, las grandezas, la opulencia y la gloria, y al otro lado el saltimbanqui, éste las vencía á todas. ¿Con qué balanza pesaba el corazón de esa mujer? Esa mujer se quitaba de la frente la corona ducal y la arrojaba sobre el tablado del clown; se arrancaba la aureola olímpica y la ponía sobre el cráneo erizado del gnomo. No sé qué trastorno del mundo, el hormigueo de los insectos de arriba, las constelaciones de abajo, tragaban al admirado Gwynplaine, resbalando en la luz y haciendo un nimbo de su cloaca. Una potencia rebelada contra la belleza y el esplendor, y entregándose al condenado en oscuridad eterna, prefería Gwynplaine á Antinóo; sentía el acceso de curiosidad de las tinieblas y descendía hasta ellas, resultando, de la abdicación de la diosa, coronado el imperio del miserable. "Tú eres horrible: yo te amo." Estas palabras halagaban en Gwynplaine la parte vergonzosa del orgullo. El orgullo es el talón por el que son vulnerables todos los héroes, y lisonjeaba en el saltimbanqui su vanidad de monstruo; le querían por ser deforme, y él era una excepción, lo mismo que los Júpiteres y los Apolos: se creía sobrehumano, y tan monstruo, que llegaba á ser un dios. Espantoso desvanecimiento!

Pero quién era esa mujer? ¿qué sabía de ella? Todo y nada. Sabía que era duquesa, que era hermosa, que era rica, que gastaba libreas y lacayos y pajes y carroza blasonada, que estaba enamorada de él, ó al menos así lo decía; todo lo demás lo ignoraba. Conocía su título, pero no su nombre; comprendía lo que pasaba, pero desconocía su vida. ¿Era casada, viuda, doncella? Era libre? ¿La sujetaban deberes? ¿A qué familia pertenecía? ¿A su alrededor había redes, emboscadas y escollos? Gwynplaine ni siquiera podía sospechar lo que esas grandes damas en las regiones ociosas inventan, cansadas ya de lo ordinario, ni á qué pruebas trágicamente cínicas pue-

de conducir el fastidio de una mujer que se cree superior al hombre; por lo tanto, aquella carta dejaba al infeliz volatinero en completa oscuridad: lo único que penetraba de ella era por una parte una confesión y por otra un enigma.

La confesión y el enigma le decían con sus dos bocas, la una provocativa y la otra amenazadora: Atrévete!

Nunca la perfidia del azar tomó tan bien sus medidas ni proporcionó tan á tiempo una tentación. Gwynplaine, excitado por la primavera y por la renovación de la savia universal, estaba dispuesto á sentir los deseos carnales. El hombre material, del que ninguno de nosotros triunfa, se despertaba en ese efecto retrasado, y era aun adolescente á los veinticuatro años. En estos instantes más temibles de la crisis se le presentaba el ofrecimiento deslumbrador y dirigiéndose hacia él. La juventud es un plano inclinado: Gwynplaine estaba en la pendiente, á la que le empujaban. Quién? La estación, la noche, esa mujer.

Si no existiese el mes de Abril, los mortales serían más virtuosos.

Gwynplaine estaba trastornado.

Cierta humareda del mal, que no puede respirar la conciencia, precede á la falta; cuando tientan á la honradez, siente ésta una náusea infernal; lo que se entreabre deja escapar una exhalación que advierte á los fuertes y que aturde á los débiles. Gwynplaine sentía ese misterioso malestar.

Dos dilemas, fugaces y tercios á la vez, flotaban ante él. La falta, que se obstinaba en ofrecérsele, tomaba forma, diciéndole: ¡Al día siguiente, á media noche, el puente de Londres, el paje!... Acudiría el saltimbanqui? La carne le gritaba: sí! y el alma le gritaba: no!

Por singular que parezca á primera vista la pregunta de si acudiría ó no á la cita, no se la dirigió á sí mismo una sola vez, sino varias. Las acciones reprochables tienen sus sitios reservados; como los aguardientes demasiado fuertes, no se les puede beber de un solo trago; se llena el vaso, para beber más tarde, y la primera gota tiene ya un sabor extraño.

Lo cierto es que Gwynplaine se sentía empujado por detrás hacia lo desconocido, y se estremecía. Entreveía la orilla del abismo y se echaba hacia atrás lleno de sobresalto y cerraba los ojos. Se esforzaba por negarse á sí mismo esta aventura y por dudar de la firmeza de su razón. En efecto, lo mejor para él era

creerse loco. Sufria esa fiebre fatal. Todos los hombres, á los que sorprende en sus vidas lo imprevisto, sienten esas pulsaciones trágicas. El espíritu observador oye siempre con ansiedad el sonido de los sombríos golpes que el ariete del destino descarga sobre la conciencia.

Cuando el deber se vé con claridad, dudar sobre la línea de conducta que se debe seguir es ya caer.

Por otra parte, debemos decir que el descaro de esta aventura, que hubiese chocado á un hombre corrompido, no le parecia tal á Gwynplaine, porque ignoraba lo que es el cinismo. No atribuía á esta aventura una idea de prostitucion, que no se atreva á concebir en tan altas regiones; era demasiado puro para admitir hipótesis tan complicadas. De esa mujer solo veía la grandeza, y esto le lisonjeaba; su vanidad solo se fijaba en su victoria; para conjeturar que ésta se la proporcionaba el impudor y no el cariño, necesitaba tener más penetracion que tiene la inocencia. Cerca del *yo te amo*, no descifraba el correctivo espantoso de *yo te deseo*. No comprendía el lado bestial de la diosa.

El espíritu puede sufrir invasiones; el alma tiene sus vándalos, que son los malos pensamientos que vienen á devastar nuestra virtud. Mil ideas en sentido inverso se precipitaban sobre Gwynplaine, una tras otra, y á veces juntas; después callaban. Entonces se cogía la cabeza con las manos, para permanecer en una especie de atencion lúgubre, semejante á la contemplacion de un pais de noche.

De repente se apercibió de que no pensaba ya; su imaginacion habia llegado al momento negro, en el que todo desaparece. Notó tambien que no habia vuelto aun á la posada y debían ser ya las dos de la madrugada.

Puso la carta que le trajo el paje en uno de los bolsillos del lado, pero apercibiéndose de que estaba junto á su corazon, la sacó de allí y, arrugada, la metió en uno de los pliegues de sus botas; se dirigió hácia la posada, penetró en ella silenciosamente, no despertó al pequeño Govicum, que le esperaba durmiendo sobre una mesa, teniendo los dos brazos por almohada; cerró la puerta, encendió una vela en la linterna de la hostería, pasó los cerrojos, dió la vuelta á la llave en la cerradura, tomó maquinalmente las precauciones del hombre que entra tarde en casa, subió la escalera de la Green-Box, se deslizó en la an-

tigua choza que le servia de cuarto, vió que Ursus dormía, apagó la vela y no se acostó.

Pasó una hora estando Gwynplaine despierto, y al fin, rendido y figurándose que acostarse es dormir, puso la cabeza sobre la almohada, sin desnudarse, y cerró los ojos; pero no se habia aun llamado en él la tempestad de emociones que le agitaba. El insomnio maltrata al hombre, y Gwynplaine sufría mucho. Por la primera vez de su vida no estaba satisfecho de sí mismo. Amaneció, y al oír que Ursus se levantaba, él no abrió los ojos y continuaba pensando en la carta que le entregó el *groom*; todas las palabras de ella se le aparecian en una especie de caos. Agitado por soplos violentos dentro del alma, el pensamiento es un líquido; entra en convulsiones y se alborota y sale de él algo semejante al rugido sordo de la ola. Flujo y reflujo, sacudidas, vueltas y vacilaciones de la onda ante el escollo, granizo y lluvia, nubes que traspasan claridades, arranques de espuma inútil, locas ascensiones que terminan en rápidas caídas, inmensos esfuerzos perdidos, aparicion del naufragio en todas partes, sombra y dispersion; todo esto que sucede en el abismo sucede tambien en el hombre, y Gwynplaine era víctima de esta tormenta.

En lo más crudo de su angustia, teniendo siempre cerrados los ojos, oyó una voz tierna que le decía:

—Duermes aun, Gwynplaine?

Abrió los ojos sobresaltado, se incorporó sobre la cama y vió que la puerta de la choza-vestuario estaba entreabierta, y ante él á Dea, que le dirigía su inefable sonrisa. Gwynplaine la contempló, estremeciéndose deslumbrado y despierto. Despierto de qué? Del sueño? No, del insomnio. Era ella, era Dea; de repente sintió en lo más profundo de su sér el indefinible desvanecimiento de la tempestad y el sublime descenso del bien sobre el mal; se verificó en él el prodigio de la mirada celestial; la cariñosa ciega, solo con su presencia, disipó las sombras que oscurecían el pensamiento de Gwynplaine, y la cortina de nubes se separó de su espíritu, como corrida por invisible mano, y el azul del cielo brilló en la conciencia del clown, volviendo á ser, por la virtud de aquel ángel, el bueno, el inocente Gwynplaine. El alma, como la creacion, tiene confrontaciones misteriosas: los dos callaban; ella representando la claridad y él el abismo; ella divina

y él apaciguado, y sobre el corazon tempestuoso de Gwynplaine, Dea resplandecía con el inexpressable efecto de la estrella del mar.

## II.

De lo alegre á lo severo.

Fra la hora del desayuno en la Green-Box y Dea fué á ver por qué Gwynplaine no se presentaba á la mesa á desayunarse.

Al verla éste aparecer, se serenó, como dijimos. El que no haya visto, después del huracán, la sonrisa inmediata del mar, no podrá explicarse semejantes apaciguamientos. Nada se calma tan pronto como el abismo, porque traga con facilidad. Así es el corazon humano; sin embargo, no siempre.

Algunos instantes después estaban sentados los dos amantes, uno delante de otro, Ursus entre ellos y Homo á sus piés. La tetera, debajo de la que ardía una pequeña lámpara, estaba sobre la mesa.

Fibi y Vinos estaban fuera, vacantes de servicio.

Se desayunaban, lo mismo que comían, en el compartimiento del centro de la Green-Box, y por la manera de colocar la estrecha mesa, Dea daba las espaldas al tabique que correspondía á la puerta de entrada.

Gwynplaine servía el thé á Dea, y ésta soplabá graciosamente en la taza. De pronto estornudó. Se extendía en aquel momento sobre la llama de la lámpara una columna de humo que se disipaba y que hizo estornudar á la ciega.

—Qué es eso? preguntó.

—Nada... respondió Gwynplaine sonriéndose.

Acababa de quemar la carta de la duquesa.

El ángel Custodio de la mujer querida es la conciencia del hombre que la ama.

El ver quemada la carta sirvió de gran consuelo á Gwynplaine; le parecia que con aquel humo desaparecía su tentacion, y que al mismo tiempo que el papel, reducía á cenizas á la duquesa.

Mezclando de las dos tazas y bebiendo uno detrás de otro en la misma, se hablaban cariñosamente, con locuacidad de enamorados.

No vayais á buscar la poesía más lejos de dos corazones que se aman, ni más

lejos la música de dos besos que dialogan.

—¿Sabes tú lo que he soñado, Gwynplaine?

—No.

—Pues soñé que éramos bestias y que teníamos alas.

—Si teníamos alas seríamos pájaros, contestó el saltimbanqui.

—Bestias quiere decir ángeles, murmuró entre dientes Ursus.

—Si tú no vivieras, Gwynplaine...

—Qué?...

—Entonces no existiría Dios.

—El thé está demasiado caliente; vas á quemarte, Dea.

—Sopla mi taza.

—Qué hermosa estás hoy!...

—Calla! que tengo que decirte muchas cosas.

—Pues dilas.

—Yo te amo!

—Yo te adoro!

Ursus decía aparte:

—Hé aquí unas gentes honradas.

Entonces reinó una de esas excelentes pausas con que se recortan los diálogos amorosos; después de un breve silencio, Dea exclamó:

—¡Si supieras lo que siento cuando representamos la pieza, en el instante que mi mano toca tu frente!... ¡Tienes cabeza noble, Gwynplaine! En cuanto mis dedos tocan tu cabello, me extremezco, recibo celestial alegría y me digo á mí misma: En el mundo de la oscuridad que me envuelve en mi soledad, en la hondura en que vivo, solo tengo un punto de apoyo, él, tú.

—Ya sé que me amas y que yo no tengo tampoco á nadie más que á tí en el mundo. Lo eres todo para mí, Dea; qué quieres que haga por tí? ¿Deseas algo? Qué es lo que necesitas?

—No lo sé; soy dichosa, respondió Dea.

—Oh, sí!... Somos dichosos!...

Ursus exclamó con severidad:

—Ah! conquese sois dichosos? Pues eso es una transgresion, ya os lo advertí. Si sois felices procurad que nadie os vea y ocupad el menor sitio posible. La felicidad debe esconderse; haceos aun más pequeños de lo que sois. Dios mide la grandeza de la felicidad por la pequeñez de los dichosos. Los que gozan deben ocultarse como los malhechores: si brillais como gusanos de luz, os pisarán: á qué vienen todos esos corrococos?... No soy una dueña que tenga obligacion de espiar á los amantes y acabais por fastidiarme. Idos al infierno!...

Ursus, conociendo que iba á enterne- cerse, terminó su parlamento riendo á los enamorados.

—Padre, le dijo Dea, no os incomo- deis.

—Es que no me gusta que nadie sea dichoso, respondió Ursus.

Esta vez Homo fué el eco de Ursus y los amantes oyeron á sus piés un gru- ñido.

Ursus bajó la mano para acariciar la cabeza de Homo.

—Tambien tú estás de mal humor, porque gruñes; no te gustan tampoco las gentes acarameladas, eres un sábio; pero cállate. Ya que has manifestado tu opi- nion, cállate.

El lobo gruñó otra vez. Ursus le miró por bajo la mesa.

—Silencio, Homo! No insistas! ¡Sé filó- sofo!...

Pero el lobo se levantó y fué hácia la puerta enseñando los dientes.

—Qué es lo que tienes? le preguntó Ursus cogiéndole por la piel del cuello.

Dea no prestaba atención al lobo, en- tregada á sus pensamientos, saboreando interiormente el sonido de la voz de Gwynplaine, y callaba sumida en ese éxtasis propio de los ciegos, que parece que les haga oír en su interior un canto, que reemplaza en ellos la luz que les falta con no sé qué música ideal. La ce- guera es un subterráneo, desde el que se oye la profunda y eterna armonía.

Mientras Ursus apostrofaba á Homo, bajando la cabeza, Gwynplaine levantó la vista. Fué á beber una taza de thé y no la bebió; la dejó otra vez sobre la mesa; con la lentitud de un resorte que se afloja, quedáronsele los dedos abiertos y permaneció inmóvil, con la vista fija y sin respirar.

Vió un hombre que estaba de pié, de- trás de Dea, entre el marco de la puerta. Aquel hombre vestía de negro y se cu- bria con la capa de la justicia; hasta las cejas le llegaba la peluca, y llevaba en la mano un baston de hierro, rematado en corona por los dos extremos: este baston era corto y macizo.

Parecia Medusa asomando la cabeza por entre dos ramas del paraíso.

Ursus, que sintió entrar al recién veni- do y que levantó la cabeza, sin soltar á Homo, reconoció á aquel terrible perso- naje y tembló. Acercándose al oído de Gwynplaine, le dijo:

—Es el wapentake.

Gwynplaine se acordó de lo que este nombre significaba, pero contuvo en la

garganta las frases de sorpresa que iba á pronunciar.

El baston de hierro que terminaba en corona por las dos extremidades era el iron-weapon, sobre el que los oficiales de la justicia urbana prestaban juramento al tomar posesion del cargo, y del que los antiguos wapentakes de la policia in- glesa sacaron la calificacion.

Detrás del hombre de la peluca se veia en la penumbra al consternado po- sadero.

El desconocido, sin decir una palabra, y personificando la *muta thémis* de los antiguos despachos, bajó el brazo dere- cho por encima de la hermosa Dea y tocó con el baston de hierro al hombro de Gwynplaine, mientras que con el in- dice de la mano izquierda le señalaba la puerta de la Green-Box. Ese doble sig- no queria decir: Seguidme.

*Pro signo exeundi, sursum trahe*, decia el cartulario normando.

El individuo á quien el iron-weapon tocaba no podia esquivar la obligacion de obedecer. No cabia réplica contra esta orden muda, y rudas penalidades de las leyes inglesas castigaban á los refracta- rios.

Al sentirse encima el rígido tocamen- to del iron-weapon se estremeció Gwyn- plaine y despues quedó como petrificado.

Si en vez del tacto suave del baston de hierro en el hombro le hubiesen pe- gado con fuerza en la cabeza, no se hu- biera quedado más aturdido. Se veia obligado á seguir al oficial de la policia; pero, por qué? Lo ignoraba.

Ursus, tambien lleno de dolorosa con- fusion, lo atribuia á los volatineros y á los predicadores, sus rivales; á la Green- Box denunciada; al lobo, que era un de- linciente; á su conferencia con los tres doctores, ó quizás á la chismografía sedi- ciosa de Gwynplaine referente á la auto- ridad real, y temblaba de espanto.

Dea sonreía.

Ni Gwynplaine ni Ursus pronuncia- ron una palabra, porque les ocurrió el mismo pensamiento: no inquietar á Dea. Al lobo quizás tambien se le ocurrió, porque dejó de gruñir; verdad es que Ursus no lo soltó.

Gwynplaine se puso en pié, porque sabia que no era posible resistir la orden y se acordaba de lo que le dijo Ursus.

Permaneció en pié ante el wapentake; éste le retiró del hombro el weapon, y acercándose, lo puso recto, en actitud de mando, cuya actitud comprendia en-

tonces todo el mundo, é intimó la órden siguiente:

—Que me siga este hombre y nadie más. Quedaos los otros aquí y silencio!

Nada de curiosidad. La policia ha te- nido siempre aficion á obrar de este modo. Este acto se llamaba "el secuestro de la persona."

El wapentake, con un solo movimien- to y como una pieza mecánica que gira sobre sí misma, volvió la espalda y se dirigió con paso magistral y grave hácia la salida de la Green-Box.

Gwynplaine miró á Ursus; Ursus hizo la pantomima de levantar los hombros, de apoyar los codos en las caderas con las manos separadas, de fruncir las ce- jas, dando con ellas á entender la sumi- sion á lo desconocido.

Gwynplaine miró á Dea, que conti- nuaba soñando y sonriéndose; posó el saltimbanqui la extremidad de los dedos sobre los labios y envió á la inocente ciega inexpresable beso.

Ursus, al ver vuelto de espaldas al wapentake, aprovechó un momento para deslizar estas palabras al oído de Gwyn- plaine:

—No hables antes que te interroguen, ó eres perdido.

Gwynplaine, cuidando de no hacer ruido, como en el cuarto de un enfermo, descolgó el sombrero y la capa, se cu- brió con ésta hasta los ojos, bajándose el sombrero lo que pudo; como no se desnudó para acostarse, llevaba aun el traje de trabajar y al cuello la esclavina de cuero; miró otra vez á Dea; el wapenta- ke llegó á la parte exterior de la Green- Box, levantó el baston y bajó los escalo- nes de la estribera; entonces Gwynplaine se puso en marcha, como si aquel hom- bre le tirase de una cadena invisible; Ursus vió salir á Gwynplaine de la Green-Box; el lobo, en este momento, lanzó un gruñido lastimero, pero Ursus lo hizo callar, diciéndole en voz muy baja:—Vá á volver.

En el corral, maese Nicless, con gesto servil é imperioso, acalló los gritos de espanto en que prorumpian Vinos y Fibi, que veian con angustia que se llevaban á Gwynplaine y que las asustaba el ves- tido negro y el baston de hierro del wa- pentake.

Govicum, espantado, asomaba la cara por una ventana entreabierta.

El wapentake precedia algunos pasos á Gwynplaine, sin mirarle y sin volver- se, con la tranquilidad glacial que dá la certidumbre de representar á la ley. Los

dos, guardando sepulcral silencio, fran- quearon el patio, atravesaron la sala oscura de la taberna y desembocaron en la plaza. En ella estaban algunos transeuntes agrupados delante de la puerta de la posada, y el *justicier-quo- rum* á la cabeza de una escolta de poli- cia. Los estupefactos curiosos sin hablar se separaron, alineándose con la disci- plina inglesa ante el baston del consta- ble; el wapentake tomó la direccion de las callejuelas, llamadas entonces *Little Strand*, que están situadas á lo largo del Támesis, y Gwynplaine, llevando á de- recha é izquierda los agentes del justi- cier-quorum, alineados en doble fila, pá- lido y cubierto con la capa, se alejaba lentamente de la posada, andando silen- ciosamente detrás del hombre taciturno, como una estatua que sigue á un es- pectro.

### III.

Lex, Rex, Fex (1).

El arresto sin dar ninguna explica- cion, que causaria asombro á un inglés en la actualidad, era proceder que usaba con frecuencia entonces la policia en la Gran-Bretaña. Se recurria á este sobre todo en asuntos delicados, los que se proveian en Francia por me- dio de cartas selladas, y á despecho del *Habeas corpus*, hasta el reinado de Jor- ge II, y una de las acusaciones de que se defendió Walpole fué de haber arresta- do á Neuhoff de esta manera. La acu- sacion probablemente no estaria bien fundada, porque Neuhoff, rey de Córce- ga, fué encarcelado por sus acreedores.

El apoderarse de las personas silen- ciosamente, como lo hacia la Sainte- Væhme en Alemania, se admitia por la costumbre germánica que informa una mitad de las antiguas leyes inglesas, y la recomendaba en ciertos casos la cos- tumbre normanda, que informa la otra mitad de la legislacion de Inglater- ra. El jefe de policia del palacio de Justiniano se llamaba "silenciario im- perial," *silentarius imperialis*. Los ma- gistrados ingleses que practicaban el apoderarse de las personas de este modo, se apoyaban en numerosos textos nor- mandos:—*Canes latrant, sergentes silent.*—*Sergenter agere, id est tacere.*—Citaban á Lundulfus Sagax en el párrafo 16:—*Fa- cit imperator silentium.*—Citaban la carta

(1) Ley, Rey, Hez.—(N. del T.)

del rey Felipe, de 1307:—*Multos tenebimus bastoneiros qui, obmutescentes, sergentare valeant.*—Citaban los estatutos de Enrique I de Inglaterra, capítulo LIII:—*Surge signo jussus. Taciturnior esto. Hoc est esse in captione regis.* Se apoyaban especialmente en esta prescripción, que consideraban que formaba parte de las antiguas franquicias feudales de Inglaterra:—“Debajo de los vizcondes están los *serjans* de la espada, los que deben justiciar con ella á todos los que siguen malas compañías, á las gentes disfamadas por otros crímenes y á los fugitivos y corsarios, etc.” “Ser arrestado de esa manera era ser castigado por medio de la espada.” (*Vetus conmetudo Normannie*, M. S. I. part. Sect. I. cap. II.) Los juriconsultos invocaban además *in Charta Ludovici Hutini pro normannis*, el capítulo *servientes spathe*. Los *servientes spathe*, al aproximarse gradualmente el bajo latín á nuestros idiomas, se convirtieron en *sergentes spadee*.

Los arrestos silenciosos eran todo lo contrario del clamor de ahora, é indicaban que convenia callar hasta poner en claro algunas oscuridades; significaban cuestiones reservadas y denotaban en las operaciones de la policía cierta cantidad de razon de Estado.

De este modo, segun los analistas, Eduardo III hizo que se apoderasen de Mortimer en la cama de su madre, Isabel de Francia. Esto puede ponerse en duda, porque Mortimer sostuvo un sitio en su ciudad antes de ser cogido. Warwick practicaba con gran deleite este procedimiento “para atraerse á las gentes.” Cromwell lo empleó, sobre todo en Connaugh, y así fué arrestado, en Kilmaccaugh, Trailie-Arcklo, pariente del conde de Ormond.

Apoderarse silenciosamente de las personas por una simple señal de la justicia, indicaba más mandato de comparecencia que orden de arresto; muchas veces solo era un procedimiento para informarse, é indicaban, hasta en el silencio que imponian á los demás, tener ciertos miramientos con la persona prendida de ese modo. Pero el pueblo, poco enterado de detalles, lo presenciaba con terror.

Inglaterra, no hay que olvidarlo, no era en 1705, y aun mucho más tarde, lo que es en nuestros dias. En su conjunto habia mucha confusion y mucha opresion: Daniel Foe, que habia probado la picota, caracteriza en parte el orden social inglés en estas palabras: “Las manos de hierro de la ley,”

Pero no eran solo las de la ley, sino tambien las de lo arbitrario. Acordaos de Steele, arrojado del Parlamento; de Locke, arrojado de la cátedra; de Hobbes y de Gibbon, que se vieron obligados á huir; de Curchill, Hume y Priestley, que fueron perseguidos, y de John Wilkes, que encerraron en la Torre. Larga seria la cuenta de las víctimas del estatuto *seditions libel* si se enumerase. La Inquisicion estaba extendida por toda Europa, y sus prácticas de policía habian formado escuela. Cometer un atentado monstruoso contra todos los derechos era posible en Inglaterra; acordaos de la *Gazetier cuirassé*. En pleno siglo diez y ocho, Luis XV hacia robar en Picadilly los escritores que le incomodaban, y Jorge III sacaba por sus propias manos del centro de la sala de la Opera, en Francia, al pretendiente.

Eran dos brazos muy largos: el del rey de Francia llegaba hasta Lóndres y el del rey de Inglaterra hasta Paris. Esa era la libertad que se disfrutaba entonces.

Añadamos á lo dicho que se ejecutaba á las personas, cuando bien les parecia, en el interior de las prisiones; expediente vergonzoso que vuelve á usar Inglaterra en estos momentos, ofreciendo de este modo al mundo el singular espectáculo de un gran pueblo que, queriendo mejorar, elige lo peor, y que teniendo ante él, por una parte el pasado y por la otra el progreso, equivoca la parte y toma la noche por dia.

## IV.

Ursus espiando á la policía.

Como acabamos de decir, segun las rígidas leyes de policía de entonces, el apercibimiento de seguir al wapentake hecho á un individuo, implicaba el mandato de callar y de permanecer quietos á todos los que lo presenciaban. Esto no obstante, algunos curiosos obstinados acompañaron de lejos á los que se llevaban á Gwynplaine; uno de éstos fué Ursus.

Ursus permaneció como petrificado mientras se veia obligado á ello; pero acostumbrado á la vida errante y á las maldades de lo desconocido, pronto salió de ese estado y en seguida se puso á reflexionar, porque en seguida vió que no era ya tiempo de lamentarse, sino de obrar.

Afrontar los incidentes es el deber de

los que no son imbéciles, y no empeñarse en comprenderlos, sino en obrar.

En cuanto se llevaron á Gwynplaine, Ursus luchó con dos temores; temor por aquel, que le aconsejaba que le siguiese, y temor por él mismo, que le aconsejaba lo contrario. Ursus poseia la intrepidez de la mosca y la impasibilidad de la sensitiva; temblaba por su ahijado, pero esto no obstante se decidió heroicamente á desafiar á la ley y á seguir al wapentake, porque le inquietaba lo que pudiera sucederle á Gwynplaine; era preciso que lo temiese mucho para tener tanto valor.

Gwynplaine parecia más robado que arrestado. La operacion de la policía se verificó con tanta rapidez, que el campo de la féria, poco frecuentado en la madrugada por otra parte, apenas se apercibió de lo ocurrido. Casi nadie en los barracones creia que el wapentake habia ido á llevarse al *Hombre que rie*; por eso no se habia reunido gente.

Gwynplaine, tapado por la capa y por el sombrero que le ocultaba el rostro, no podia ser reconocido por los transeuntes. Antes de salir Ursus para seguir á aquel tomó la siguiente precaucion: llamó aparte á Nicless, al muchacho Govicum, á Fibi y á Vinos y les prescribió el más absoluto silencio respecto á Dea, que nada sabia de lo ocurrido, suplicándoles que no la dijeran una sola palabra que pudiera hacerla sospechar lo que habia pasado; que le explicasen que las necesidades de la Green-Box exigian la ausencia de Gwynplaine y de Ursus; y como, por otra parte, dormia al medio dia, antes de que se despertase ya habrian vuelto él y Gwynplaine, porque esto debía ser una equivocacion, que les seria fácil de hacer ver á los magistrados y á la policía, y confiaba en que los dos estarian muy pronto de vuelta. Despues de recomendar el silencio, Ursus partió. Pudo, sin ser notado, seguir á Gwynplaine. Aunque se mantuvo á la mayor distancia posible, se arregló de manera que no le perdía de vista. El atrevimiento para el acecho es la bravura de los tímidos.

Despues de todo y por imponente que fuese el aparato, quizás solo habrian citado á comparecer á Gwynplaine ante el magistrado de la policía por alguna infraccion que careciese de gravedad, y Ursus creia que esta cuestion iba á resolverse en seguida; se pondria en claro ante sus ojos por la direccion que tomase el acompañamiento que conducia á su ahijado en el momento en que llega-

se á los límites del Tarrinzean-field, que habia de internarse por las callejuelas del Little Strand.

Si el acompañamiento torcia por la izquierda, es que llevaba á Gwynplaine á la casa del municipio de Southwark, y entonces nada habia que temer; era por cosa insignificante, alguna falta municipal, una reprension del magistrado ó una pequeña multa; dejarian en libertad en seguida á Gwynplaine, se verificaria la representacion del *Caos vencido*, como todas las noches, y nadie se apercibiria de este suceso.

Si el acompañamiento torcia por la derecha, entonces el negocio seria grave, porque habia por esa parte sitios temibles.

En el instante en que el wapentake, que precedia á las dos filas de los agentes entre los que caminaba Gwynplaine, llegó á las callejuelas, Ursus clavó en él la vista con ansiedad. ¿Hacia qué parte torceria?

Torció por la derecha. Ursus, sobresaltado, para no caer en tierra tuvo que apoyarse en una pared.

No hay frase tan hipócrita como esta, que se dice uno á sí mismo: *Quiero saber á qué atenerme*. En realidad no se desea, se tiene profundo miedo de saberlo. La angustia se complica con un esfuerzo oscuro para no terminar; no nos lo quedemos confesar, pero retrocederíamos de buena gana, y cuando avanzamos nos reprochamos haber avanzado. Esto es lo que hizo Ursus.

—Mal me salió esta prueba. Siempre hubiera sabido esto demasiado pronto. Por qué he seguido á Gwynplaine?

Despues de hacerse esta reflexion, como el hombre es una continua contradiccion, redobló el paso, y ahogando su ansiedad, se apresuró con el fin de aproximarse al acompañamiento y con la idea de no dejar romper, en el dédalo de las calles de Southwark, el hilo entre Gwynplaine y él. El acompañamiento de policía iba despacio, por dar solemnidad al acto. El wapentake iba á la cabeza y el justicier-quorum cerraba la marcha; este orden implicaba cierta lentitud.

Toda la majestad posible en un corchete brillaba en el justicier-quorum. Su traje conservaba un término medio entre la vestimenta del doctor en música de Oxford y la sóbria y negra del doctor en divinidad de Cambridge. Iba vestido como un gentil-hombre, llevando encima del traje un largo *godebert*, que es